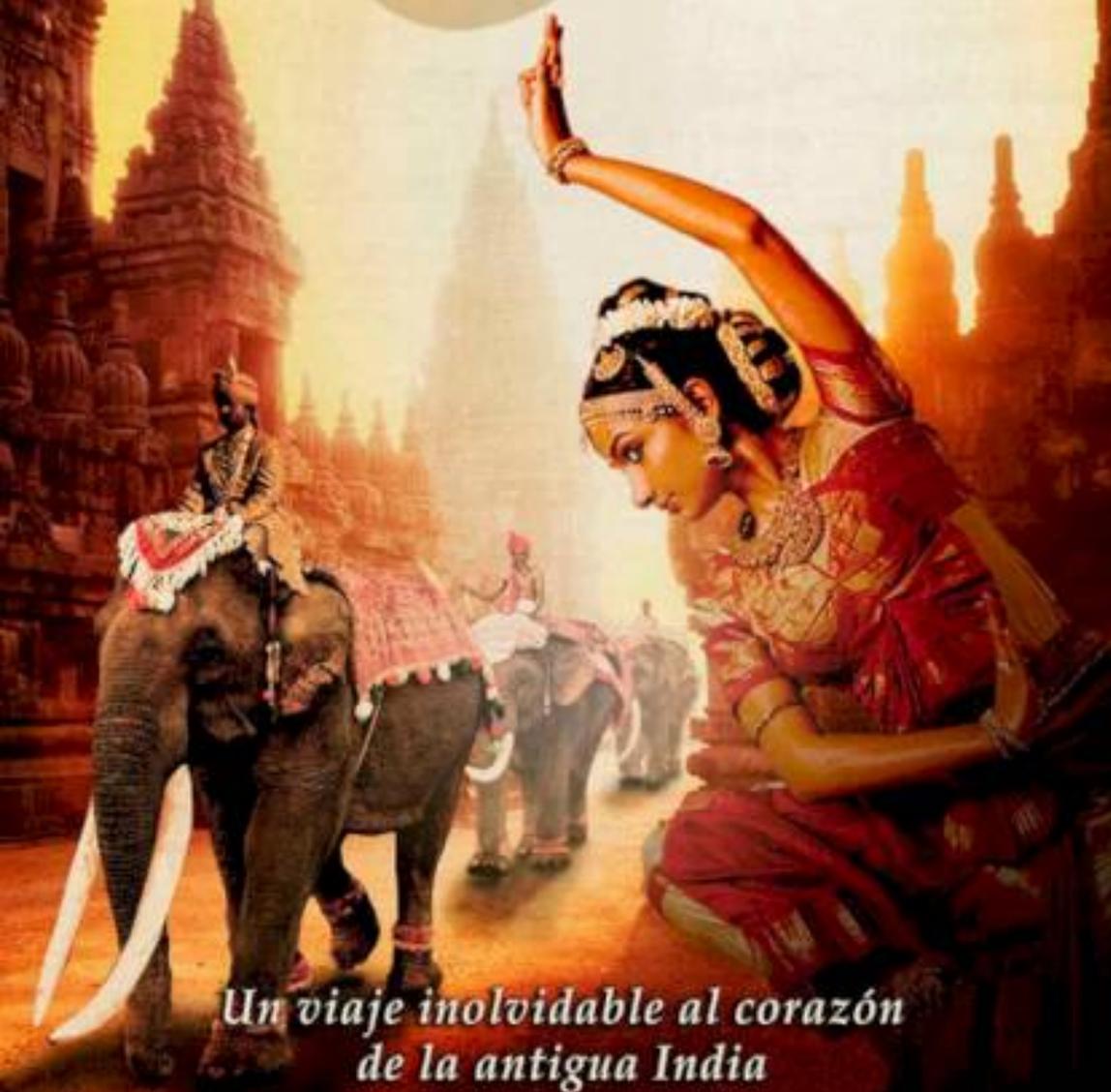


JOSÉ VICENTE ALFARO

EL LABERINTO DEL HINDÚ



*Un viaje inolvidable al corazón
de la antigua India*

La antigua India... Siglo V de nuestra era.

La dinastía Gupta gobierna sobre la civilización más avanzada del mundo en aquella época, teniendo en cuenta que el Imperio romano se encontraba ya en plena decadencia y que China atravesaba un momento difícil. Su soberano, el emperador Kumaragupta, debía garantizar la seguridad de su pueblo frente a los ataques externos, a la vez que se enfrentaba a los demonios internos que atormentaban su propia existencia.

Al mismo tiempo, dos niños sin pasado llegan a la capital del imperio obsesionados con una idea que solo ellos conocen. Madhuk y Sarasvati son hermanos, carecen de estudios y no poseen ninguna pertenencia. Con todo, estarán dispuestos a hacer lo que sea para sobrevivir. Sumérgete en una historia repleta de aventuras e intrigas palaciegas, donde la sociedad se organizaba en torno a un rígido sistema de castas y al dictado de los Vedas, que condicionaban por completo el discurrir del pensamiento hindú.

*A mi padre, por inculcarme la pasión por la
lectura.*

PREFACIO

La antigua India, que también cubría los territorios de lo que hoy son Pakistán, Nepal, Bangladesh y parte de Afganistán, ocupaba una superficie similar a la de Europa, excluyendo Rusia, y se dividía geográficamente en tres partes bien diferenciadas: la elevada cordillera del Himalaya, que delimitaba sus fronteras del norte y que constituía la tradicional morada de sus dioses y usual lugar de retiro de sus ascetas; la inmensa llanura, que contenía los valles del Indo y del Ganges, el verdadero corazón de la India, donde se concibió su cultura clásica; y la meseta del Decán, que se extendía por la mayor parte del territorio centro-sur del subcontinente, separada del norte por el río Narmada y la cadena montañosa de Vindhya. El sur de la India, bañado por las aguas del océano Índico, protagonizó, en la mayoría de los casos, un desarrollo y una historia independientes de los del norte.

Aunque su amplio territorio comprendía áridos desiertos, densas selvas y fértiles valles recorridos por grandes ríos, climatológicamente el inmenso subcontinente estaba subordinado al fenómeno de los monzones y las lluvias periódicas que caían con gran violencia durante los meses de verano.

La presente novela transcurre durante la considerada como la Edad de Oro de la antigua India, la cual tuvo lugar bajo el dominio de la dinastía Gupta, entre los siglos IV y VI d. C.

Durante los primeros siglos de nuestra era, el subcontinente indio estaba fragmentado en multitud de reinos y pequeños estados que luchaban continuamente entre sí por la supremacía del territorio. Sin embargo, el ascenso de Chandragupta en el año 320, gracias a su alianza con los lichchavis, lo llevó a unir los reinos de Magadha y Kosala, dando así inicio a la legendaria dinastía que habría de gobernar los designios de la India durante los siglos venideros. Fue su sucesor, Samudragupta, quien, tras situar la capital del incipiente imperio en Pataliputra y darse a sí mismo el título de «rey de reyes y soberano del mundo», emprendió un imparable proceso de expansión en todas direcciones. Tras su sometimiento, algunos de los reinos incorporados por Samudragupta —más de una veintena— pasaban a formar parte de su hegemonía, mientras que otros se limitaban a reconocer su soberanía y rendirle tributo. El periodo de conquistas lo culminó su heredero, Chandragupta II, que tras derrotar a los *sakas* se hizo con los puertos del oeste, los cuales permitían el lucrativo comercio con Occidente.

Durante su etapa de mayor auge, el Imperio gupta dominaba todo el norte de la India de costa a costa (a excepción del noroeste), así como parte del Decán septentrional.

Bajo el reinado de los Gupta se alcanzó un alto grado de paz y prosperidad, lo cual favoreció el florecimiento de las artes y las letras, de cuyo mecenazgo se hacían gustosamente cargo las autoridades. De igual modo tuvieron lugar destacados logros científicos, sobre todo en los campos de las matemáticas, la astronomía y la medicina.

En el ámbito de la fe, inseparable de la vida cotidiana en la sociedad de la época, los emperadores Gupta profesaron el hinduismo, que había experimentado una importante transformación en los últimos tiempos, si bien mostraron una notable tolerancia hacia el resto de las religiones.

En aquel periodo, teniendo en cuenta que el Imperio romano se encontraba ya en pleno proceso de decadencia

y que China atravesaba tiempos turbulentos debido a la difícil transición entre la dinastía de los Han y los Tang, la civilización India era, posiblemente, la cultura más avanzada del mundo.

PERSONAJES PRINCIPALES

Personajes de palacio en Pataliputra.

Kumaragupta: el emperador.

Skandagupta: el hijo del emperador.

Rudrabhiravi: la hija del emperador.

Bhanugupta: *mahamantrin* y hermano del emperador.

Dattadevi: primera reina consorte y madre de Rudrabhiravi.

Savitrivedi: segunda reina consorte y madre de Skandagupta.

Abhimanyu: el *purohita* (sacerdote real).

Harshul: el *mahasenapati* (comandante en jefe).

Cidambara: el astrólogo.

Kalidasa: poeta y dramaturgo de la corte.

Purumitra: el eunuco y responsable del harén.

Anumita: la enana (*vamanika*) integrante del harén.

Ahinagu: el lacayo personal del emperador.

Resto de personajes de Pataliputra.

Madhuk y Sarasvati: hermanos.

Bindusar: el maestro hindú.

Harshali: la esposa de Bindusar.

Kumaresh: el incinerador de cadáveres.

Rashmi: el hijo de Kumaresh.

Madunisha: la *madame* (*kuttani*).

Kundanika: la curandera.

Padmabandhu: el monje budista.

Personajes en el reino de los sakas

Shakraditya: general del ejército Gupta.

Punyavan: segundo de Shakraditya.

Dhanu: jefe del poblado indígena.

Chakori: esposa de Dhanu.

Kalu y Libni: hijos de Dhanu y Chakori.

INTRODUCCIÓN

Kumaragupta se hallaba en la soledad de sus aposentos, atormentado por la culpa que lo quemaba por dentro y que cada cierto tiempo se apoderaba de él sin que hubiese nada que pudiera hacer para aliviar su aflicción. El emperador, el rey de reyes o el señor supremo de la tierra de los hijos de Bharata^[1], como también era conocido, lloraba amargamente por ciertas acciones que había llevado a cabo en el pasado, cuando estuvo al mando de un poderoso ejército ayudando a su padre a conquistar nuevos reinos y a conservar los que ya poseía.

Kumaragupta se sentó al borde de su lecho, cubierto por una manta de seda decorada con motivos geométricos, y sollozó como un niño pequeño al que le hubiesen arrebatado su juguete favorito. Decenas de lámparas de aceite repartidas por toda la estancia bañaban el lugar de una tenue claridad que arrojaba temblorosas sombras sobre los rincones. Tanto las paredes, forradas con láminas de oro puro y grabadas con escenas protagonizadas por los más célebres héroes de la mitología hindú, como la cama, cuyo dosel sostenían cuatro colmillos de elefante, constituían un perfecto ejemplo del lujo que predominaba en la corte de la dinastía Gupta.

Aquella frágil estampa del emperador no casaba con la enérgica imagen que proyectaba entre los suyos, por eso jamás se le habría ocurrido llorar en público, para evitar que sus detractores descubriesen sus debilidades y conspiraran contra él. Kumaragupta había heredado la fuerte

constitución de su padre y de su abuelo, una considerable altura y una envidiable musculatura que hacía las delicias de las mujeres de su harén. Por el contrario, y pese a encontrarse todavía en sus treinta y tantos, ya peinaba algunas canas a la altura de las sienes, debido a lo mucho que le afectaba la responsabilidad de gobernar, pues algunas de sus decisiones repercutían sobre los millones de personas que moraban en sus dominios. Su tono de voz era grave, acorde con su apabullante presencia; y la expresión de su rostro, aunque severa por naturaleza, había ido suavizándose con el paso de los años.

Nadie cuestionaba que las guerras sacaban del hombre su lado más cruel, pero Kumaragupta sabía que en ocasiones había llevado las cosas demasiado lejos y había vulnerado ciertos límites que no debían traspasarse. Y aunque al principio no parecía haberle importado, conforme fueron pasando los años su estado de ánimo fue transformándose, hasta que los fantasmas de su pasado comenzaron a recordarle lo sanguinario que había sido. En la actualidad, y tras haber dotado al imperio de un prolongado periodo de paz y prosperidad desde su llegada al trono, Kumaragupta se dedicaba al mecenazgo de las ciencias, así como al disfrute de las artes, sobre todo de la danza y la poesía. Además, también se había centrado en cultivar su lado más espiritual, preocupado como estaba por el destino que correría su alma el día en que finalmente encontrase la muerte. Con todo, sus continuas visitas al templo de Visnú, el dios hindú al que rendía culto, no lograban calmar la profunda inquietud que reinaba en su corazón.

El emperador se llevó la mano al pecho y emitió un largo suspiro. Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y cayeron sobre la alfombra que se extendía bajo sus pies: la piel de un tigre con cabeza incluida, que mantenía sus fauces abiertas como si lanzase un rugido. ¿Qué atrocidades habría cometido en su juventud como para no haber sido aún capaz de perdonarse a sí mismo?

CAPÍTULO PRIMERO

«Igual que el aceite se encuentra en las semillas del sésamo y el fuego en la leña, la mantequilla en la leche y la fragancia en las flores, de igual manera yo, Visnú, permanezco en el corazón de todas las criaturas vivientes».

Vasudeva Upanishad.

Siglo v d. C.

Pataliputra. Capital del Imperio gupta.

1

Los dos niños se incorporaron al camino principal que conducía a Pataliputra. Ambos iban descalzos, se cubrían con harapos y se sentían cansados y hambrientos. Con todo, una sonrisa acudió al rostro de Madhuk tras vislumbrar en el horizonte la capital del Imperio gupta.

—Por fin hemos llegado —anunció.

El corazón de Sarasvati incrementó el ritmo de sus latidos.

—Tengo miedo —murmuró.

—Yo también —admitió Madhuk—, pero a partir de ahora tenemos que ser más fuertes que nunca.

La circulación se había incrementado conforme se acercaban a su destino. A su alrededor discurrían caravanas de mercaderes arrastradas por bueyes, calesas cubiertas tiradas por caballos en las que se desplazaban nobles y dignatarios, grupos de peregrinos y campesinos que se dirigían al mercado para vender sus productos.

Madhuk y Sarasvati eran hermanos. El primero era un muchachito de trece años con más trazas de niño que de hombre, extremadamente delgado, de piel oscura y mirada limpia como una fuente de agua dulce. Su afabilidad, sin embargo, no estaba reñida con el carácter voluntarioso que regía cada uno de sus actos. Sarasvati, por su parte, tenía once años y era una niña de belleza arrebatadora, aunque su actual aspecto sucio y desaliñado impidiese apreciarlo a simple vista. Dos grandes ojos de color verde turquesa refulgían en mitad de su rostro, junto a una nariz respingona y unos labios finos y rosados. Asimismo, era muy alegre por naturaleza y siempre se las arreglaba para ver el lado positivo de las cosas.

Madhuk y Sarasvati observaron desde la distancia la enorme empalizada levantada con troncos de madera y salpicada de atalayas que protegía el perímetro de la ciudad, la cual se extendía varios kilómetros a lo largo de la orilla del río Ganges, flanqueada por densos bosques al otro extremo. Ambos hermanos, casi a la vez, sintieron que un escalofrío les recorría la espina dorsal.

Cruzaron el puente que franqueaba el foso y atravesaron la puerta de entrada recubierta de marfil, tan inmensa que parecía un edificio en sí misma. El trazado urbano seguía un esquema uniformado; partía de una vía principal que iba de norte a sur y sobre la que se abrían, en ángulo recto y a intervalos regulares, otras calles menores. No obstante, en determinados barrios se formaba una madeja de callejuelas estrechas que se bifurcaban en todas direcciones, como surgidas de una voluntad caprichosa. La mirada de los hermanos se elevó de inmediato por encima de los tejados de la ciudad, atraídos por el majestuoso palacio real que se alzaba en el centro, coronado por pináculos dorados de los cuales ondeaban pendones de seda con la insignia de la dinastía Gupta.

Madhuk y Sarasvati echaron a caminar por una de las calles de mayor tránsito, atónitos ante el espectáculo que se desplegaba ante ellos. Saltaba a la vista que ninguno había puesto antes los pies en una población de semejante envergadura. Las casas de la burguesía tenían dos o tres plantas de altura, las techumbres con bóveda de cañón estaban cubiertas de tejas y las fachadas se abrían a la calle con ventanas o balcones de los cuales colgaban elegantes pajareras. La parte trasera de dichas viviendas solía contar con amplios jardines y un cautivador estanque en el que refrescarse durante las horas de mayor calor. Los talleres de los artesanos —tejedores, joyeros, alfareros o sastres— daban a la calzada asfaltada con adoquines, y la mezcla de olores se confundía con las voces de los vendedores ambu-

lantes, que transportaban sus artículos en bandejas o cestos que se colgaban al cuello.

—Dame la mano —indicó Madhuk, que prefirió sujetar a Sarasvati, temeroso de que repentinamente fuese engullida por la multitud.

En las calles reinaba una intensa actividad: cortesanos y altos funcionarios se trasladaban de un sitio a otro en palanquines; las mujeres, algunas de ellas con sus hijos a cuestas, llevaban a cabo sus compras, profusamente acicaladas y adornadas con innumerables perifollos corporales; los brahmanes se paseaban con porte orgulloso, luciendo su cordón sagrado cruzado en el pecho; monjes budistas de cabeza rapada y túnica de color azafrán predicaban de casa en casa e indigentes semidesnudos se apostaban en las esquinas pidiendo limosna. Los animales también campaban a sus anchas: las vacas deambulaban de aquí para allá comiendo lo que encontraban y los monos vagabundaban por los tejados y las terrazas, esperando la menor ocasión para robar un pedazo de fruta o de verdura. También había perros, cabras, burros... y hasta algún que otro elefante.

Los hermanos desembocaron en una plaza muy concurrida, donde gente de todo pelaje se buscaba la vida como podía: músicos, adivinos, saltimbanquis o encantadores de serpientes pugnaban por llamar la atención de la muchedumbre con el fin de ganarse unas monedas.

—¿Y qué pasará ahora? —inquirió Sarasvati—. ¿Qué haremos para sobrevivir?

Madhuk se hizo cargo de la preocupación de su hermana pequeña, cuya inquietud era más que comprensible. Ninguno de ellos tenía absolutamente nada más allá de los andrajos que vestían y tampoco conocían a nadie a quien poder recurrir.

—¿Te arrepientes de haber venido?

—Por supuesto que no —se apresuró a aclarar la niña—. No pretendía dar esa impresión.

—Será muy duro —afirmó Madhuk—, en eso no te equivocas. Pero eso ya lo sabíamos.

—Es cierto. Aunque, pase lo que pase, no descansaremos hasta conseguir lo que nos hemos propuesto llevar a cabo.

Ambos se fundieron en un abrazo que les hizo recuperar la sonrisa.

—Lo más inmediato será comer algo.

El estómago de Sarasvati rugió como reacción a las palabras de su hermano. Todavía no habían tomado nada en todo el día.

—Antes pasamos por un puesto de fruta que no parecía especialmente vigilado.

A Madhuk no le gustaba la idea de tener que robar, pero solo por esa vez estaba dispuesto a hacer una excepción. Después de saciar su apetito ya tendría tiempo de pensar en algo menos arriesgado.

Volvieron sobre sus pasos y se colocaron a una prudente distancia del tenderete al que Sarasvati se había referido. La ventaja que ofrecía consistía en que el dueño estaba más pendiente de los monos que descendían de los tejados para intentar hurtarle una banana que de las intenciones no menos reprochables de ciertos seres humanos.

—Yo me ocupo —señaló Madhuk—. Tú espera aquí mientras tanto.

El niño cruzó la calzada y se apostó con disimulo en una esquina del puesto, a la espera de encontrar el momento oportuno para coger lo que pudiera. Lo que Madhuk ignoraba era que el tendero de al lado —que vendía cosméticos e inciensos—, también velaba por la mercancía de su compañero, pues ambos eran buenos amigos y solían hacer negocios juntos. Y aquel dichoso tendero ya lo tenía en su punto de mira, debido a lo sospechoso de su comportamiento.

Madhuk vio por fin la oportunidad que había estado esperando y alargó la mano para apoderarse de una naranja.